

EL SIMPLE ARTE DE MATAR. ORÍGENES DE LA VIOLENCIA TERRORISTA EN EL PAÍS VASCO

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (1)

IES Marqués de Manzanedo
gaizka_fernandez@yahoo.es

(Recepción: 25/03/2014; Revisión: 16/06/2014; Aceptación: 14/07/2014; Publicación: 18/12/2014)

1. INTRODUCCIÓN.-2. ¿ANTECEDENTES LEJANOS? ARANA, *ABERRI*, *JAGI-JAGI* Y LA VIOLENCIA.-3. EL CONTEXTO. GUERRA CIVIL Y DICTADURA EN EL PAÍS VASCO.-4. EL SUJETO. LA RUPTURA GENERACIONAL DEL NACIONALISMO.-5. EN BUSCA DE UN MODELO. ETA Y EL TERCER MUNDO.-6. LA VOLUNTAD. LA DECISIÓN DEL *BILTZAR TTIPIA* DE ETA EN 1968.-7. CONCLUSIONES.-8. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

El presente artículo indaga en las raíces de la violencia terrorista en Euskadi, esto es, de ETA. El fenómeno requiere una explicación multicausal que tome en cuenta factores externos (el contexto autoritario, la pasividad del PNV, el modelo de los movimientos anticoloniales...) e internos (el imaginario bélico de los etarras, su evolución ideológica, su estado emocional, la dinámica organizativa de la banda...). Todos ellos influyeron en los dirigentes de ETA, pero no determinaron sus actos. Siguiendo las tesis de Martha Crenshaw, aquí se pone el énfasis en la voluntad racional y deliberada de los propios etarras. Cuando en 1968 empezaron a asesinar no estaban cumpliendo con su ineludible destino ni respondiendo mecánicamente a una coyuntura concreta, sino que hacían uso de su libre albedrío.

Palabras clave: País Vasco; nacionalismo vasco radical; ETA; terrorismo; dictadura franquista.

(1) Agradezco las valiosas sugerencias y correcciones de José Luis de la Granja, Jesús Casquete, Virginia Gallego y Raúl López Romo. He de hacer una mención especial a Raúl, ya que gran parte de los argumentos que sustentan el presente artículo proceden tanto de un provechoso debate intelectual que llevamos manteniendo largo tiempo como de sus trabajos. Por ejemplo, el epílogo de FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012).

THE SIMPLE ART OF MURDER. ORIGINS OF TERRORIST VIOLENCE IN THE BASQUE COUNTRY

ABSTRACT

This article examines the roots of terrorist violence in the Basque Country, which is that of ETA. The phenomenon needs an explanation based on both external factors (the dictatorial context, the passive attitude of the PNV, the example of the anti-colonial movements...) and on internal factors (the war rhetoric of the members of ETA, their ideological evolution, their emotional state, the organizational dynamics of the group...). All of them influenced the leaders of ETA, but they did not determine their acts. Following Martha Crenshaw's works, this article stresses the rational and deliberate will of the members of ETA. When they started to kill in 1968 they were not fulfilling their destiny nor answering mechanically to a concrete context, but using their free will.

Key words: Basque Country; basque radical nationalism; ETA; terrorism; Franco's dictatorship.

* * *

1. INTRODUCCIÓN

Tanto interés académico despierta el terrorismo (2) que no es exagerado decir que sobre el tema existe una inabarcable literatura científica. Se han estudiado aspectos tan dispares como el diseño de los atentados, su coste económico, la mentalidad de los individuos que los llevan a cabo, su relación con los medios de comunicación o la política antiterrorista de los gobiernos. Pero hay dos cuestiones que, a tenor de sus implicaciones, merecen una especial atención: por qué se toman y por qué se abandonan las armas.

Desde la década de los sesenta se han publicado numerosos análisis sobre la génesis de la violencia terrorista. Como precondiciones se suelen nombrar los precedentes históricos, la tecnología armamentística, la pobreza extrema, los cambios socioeconómicos bruscos, el declinar de las autoridades tradicionales, una ruptura generacional, la falta de libertades, la represión, la colonización, la discriminación de un sector de la población, la ineficacia de los cuerpos policiales, la existencia de

(2) Defino «terrorismo» como un tipo de violencia armada que busca un efecto psicológico, político y simbólico superior al de los simples daños materiales y personales producidos por sus atentados. Y «organización terrorista» como un colectivo clandestino de pequeño tamaño sin control sobre un territorio propio que emplea estratégicamente la violencia terrorista como su método preferente para conseguir objetivos políticos. Ambas definiciones se basan en REINARES (1990): 353; y SÁNCHEZ-CUENCA (2007).

modelos a nivel internacional o la globalización. La lista de teorías sobre las causas directas del terrorismo es igualmente prolija: la dinámica interna de la banda, la psicología y el estado emocional de sus integrantes, su ideología política, su religión, su narrativa identitaria, su cultura o sus necesidades tácticas (3).

Aunque todos estos puntos de vista son complementarios, aquí se pone el acento en uno: el de la elección deliberada, tesis que Martha Crenshaw ha desarrollado desde su ya clásico artículo de 1981. Dicha autora señala que, en cuanto actor racional colectivo, es la organización la que intencionadamente escoge el terrorismo como estrategia para conseguir sus objetivos. Es innegable que tal decisión se toma bajo la influencia de unas circunstancias concretas (los factores enumerados en el párrafo precedente), pero hay que descartar el determinismo histórico, la mera contextualización o las teorías monocausales. La realidad es más compleja. Los líderes del grupo optan por este tipo de violencia libre y conscientemente, pero lo hacen tras desechar otras alternativas que creen más costosas o menos efectivas para sus propósitos. En ese sentido, siguiendo a Eduardo González Calleja, «en general, una organización insurgente recurre solo a métodos terroristas cuando ve ocluidos otros métodos más eficaces de acción revolucionaria, como la insurrección o la guerrilla, ya que carece de los recursos humanos y materiales necesarios para desafiar al Estado en ese terreno» (4).

La amplia pero desigual bibliografía dedicada a ETA, *Euskadi Ta Askatasuna* (País Vasco y Libertad), apenas se ha fijado en las razones por las que esta organización se decantó por el terrorismo. Y, cuando lo ha hecho, no han faltado los prejuicios ideológicos, las simplificaciones poco rigurosas (por ejemplo, presentar a los etarras como perturbados o psicópatas, error en el que tienden a caer algunos políticos y medios de comunicación), el presentismo o la historia *ad probandum*. Es el caso de los intelectuales orgánicos del nacionalismo vasco radical, que han pretendido presentar la «lucha armada» de ETA como el último, dramático e inevitable episodio del secular «conflicto» entre los invasores españoles y los invadidos vascos. Baste como muestra de tal determinismo un botón. Según José María Lorenzo, historiador que formó parte de la Mesa Nacional de HB, *Herri Batasuna* (Unidad Popular), la de ETA fue una «respuesta armada al Estado español» que hundía sus raíces en las derrotas carlistas del siglo XIX: «no es sino el final lógico de esta cadena política». Los etarras habían actuado en legítima defensa: se endosaba la responsabilidad última a «la violencia originaria. La violencia del que primero ha empezado», es decir, España. Se trata, no por casualidad, de uno de los argumentos que con más asiduidad ha empleado la propia ETA para justificar su existencia (5).

(3) BJØRGO (2005). CORTE (2006). GONZÁLEZ CALLEJA (2013 y 2014). HORGAN (2009). MCCORMICK (2003). PILAT (2009). POST (2005).

(4) CRENSHAW (1981). CRENSHAW (2011). GONZÁLEZ CALLEJA (2014): 139. Véase también DELLA PORTA (1995).

(5) LORENZO (1998): 272-276. Véanse, por ejemplo, *Zutik*, XII-1961/I-1962, y n.º 8, XII-1962.

En los años setenta y ochenta fue frecuente que desde el ámbito académico y la arena pública se repitiera como un mantra que la represión de posguerra había sido especialmente intensa en el País Vasco, señalando tal circunstancia como decisiva en la gestación del terrorismo. Así, se daba por supuesto que la «lucha armada» era una reacción cuasi natural al contexto histórico. La hipótesis implicaba transferir indirectamente la responsabilidad de los atentados etarras al franquismo. En aquel momento no había datos fiables respecto a la represión, pero hoy sabemos que Euskadi no fue precisamente una de las zonas más castigadas en la posguerra. Sí lo fueron Extremadura y Andalucía, donde no surgieron organizaciones terroristas comparables con ETA. No hay prueba alguna, por tanto, de que exista una relación directa entre persecución franquista y violencia vindicativa. Probablemente, cuando se reprodujo sin base empírica la teoría del determinismo, se estaba pecando de presentismo: historiadores, periodistas y políticos trasladaron su experiencia vital (el recrudecimiento de la actuación policial desde finales de la década de 1960, causada, entre otras cosas, por la provocación de la banda) a un pasado que no habían conocido de forma directa (6).

Hubo que esperar a los años noventa del siglo XX para que la academia asumiera la tarea de rastrear con más rigurosidad, pero casi siempre tangencialmente, las causas del terrorismo etarra. Así, desde la óptica de diferentes disciplinas, se ha señalado la trascendencia de los rasgos característicos de la cultura autóctona, la modernización de la sociedad vasca, el choque generacional, la estructura de oportunidades disponible, la doctrina de Sabino Arana o su combinación con el tercermundismo revolucionario (7).

Los nuevos trabajos han supuesto un importante avance, pero se echa en falta un estudio monotemático más extenso que, desde una perspectiva explicativa multicasual, tome en cuenta tanto factores externos (el contexto autoritario, la pasividad del PNV, el modelo de los movimientos anticoloniales...) como internos (el imaginario bélico de los etarras, su evolución ideológica, su estado emocional, la dinámica organizativa de la banda...), poniendo el énfasis en la voluntad racional y deliberada de los jefes de ETA. A la espera de tal monografía, sirva el presente artículo como una primera (y provisional) aproximación al tema. No se trata, por consiguiente, de encontrar respuestas definitivas, sino de cuestionar explicaciones ya obsoletas y plantear nuevos interrogantes sobre los orígenes de la violencia terrorista en el País Vasco.

(6) GARMENDIA (1996): 152. JÁUREGUI (1985): 214 y (2006): 243. Sobre la represión retrospectiva véanse ARANZADI (1994): 195-196; FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 64; y LÓPEZ ROMO, LOSADA URIGÜEN y CARNICERO HERREROS (2013): 225-226.

(7) BULLAIN (2011). ELORZA (1995). JUARISTI (2008). ZULAICA (1990). José Luis Unzueta en *El País*, 14-V-1992. Jon Juaristi en *ABC*, 3-II-2008. Por otro lado, diversos autores habían apuntado la necesidad de dar más peso en la ecuación de la violencia a la voluntad de los etarras: ARANZADI (1994): 196; AULESTIA (2005): 184; DOMÍNGUEZ (2000): 330; FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 25-29, 327, 330 y 335; FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 55-56; FUSI (2013): 278; y JULIÁ (2010): 169.

2. ¿ANTECEDENTES LEJANOS? ARANA, *ABERRI*, *JAGI-JAGI* Y LA VIOLENCIA

La doctrina de Sabino Arana era una combinación de integrismo católico, antiespañolismo y antimaketismo (odio a los inmigrantes, *maketos*) que descansaba sobre una tergiversación de la historia del País Vasco en general y Vizcaya en particular. La narrativa identitaria del fundador del PNV se componía, respetando el esquema narrativo típico de los nacionalismos minoritarios de Europa, de tres episodios conectados entre sí: Edad de Oro, presente en decadencia y futuro utópico. Desde que su raza había sido creada por Dios, los estados vascos habían gozado de una feliz Arcadia caracterizada por la independencia política, la pureza racial y el cristianismo. Tal paraíso terminó cruentamente cuando en la I Guerra Carlista fueron conquistados *manu militari* por su enemigo ancestral, España. Abolidos sus fueros soberanos, Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra fueron reducidas a la condición de provincias españolas. Euskadi había sido condenada a la contaminación racial, la decadencia nacional y la degradación moral y religiosa; en resumen, a su agonía terminal. La salvación de la patria dependía de que recuperara la independencia perdida. Pero, ¿cómo lograrlo? (8).

Arana hacía gala de una apasionada agresividad en sus escritos, pero tales referencias a la violencia eran un mero recurso retórico con el que dar fuerza a su discurso. No hay constancia alguna de que se plantease pasar de las palabras a los hechos. Su progresivo pragmatismo y su propia pluma señalan justo lo contrario: «me cuidaré bien, en las circunstancias actuales, de llamar a los bizkainos a las armas para rechazar la dominación española» (9).

Una vez desaparecido «el Maestro», sus sucesores adoptaron versiones divergentes del canon que había establecido. Por un lado, sin renunciar a sus demandas de máximos, el PNV, cuyos militantes son conocidos como *jeltzales* (seguidores del lema «Dios y Leyes Viejas»), ha solido hacer una interpretación posibilista y gradualista del pensamiento de Arana. Por otro lado, tanto la forma virulenta como el fondo maniqueo del relato del «Mártir de Abando» han propiciado que los más dogmáticos de sus herederos hiciesen una lectura literal y exaltada de su narrativa identitaria fijándose en los elementos potencialmente belicistas (10).

Fue el caso de algunos destacados militantes del PNV que conviene mencionar. Fray Evangelista de Ibero escribió en su *Ami Vasco* (1906): «¿Qué debe hacer el patriota por la conservación del territorio nacional? Tomar las armas y hasta perder la vida, si preciso fuera, para impedir que caiga en manos del ene-

(8) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 37-41. GRANJA (2003).

(9) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA Y LÓPEZ ROMO (2012): 334. *Bizkaitarra*, 3-III-1894.

(10) ELORZA (1995): 49. Sobre la crucial relación entre la retórica y la violencia política véase ALONSO ZARZA (2010). Sobre la narrativa del «conflicto vasco» y sus consecuencias véase FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2015).

migo». Años después Santiago Meabe, que firmaba sus artículos como Geyme («Gora Euskadi y Muera España»), sostuvo en un discurso que «el día que caigan exánimes y ensangrentados unos cuerpos vascos tras del estallido de los fusiles mecánicamente movidos, habrá sonado para Euzkadi la hora victoriosa. El pueblo besará la frente de los héroes, levantará los puños en señal de indignación y alzará su alma y su brazo para la venganza». En 1936 Manuel Eguileor, exdiputado a Cortes (1931-1933) y responsable de propaganda del PNV, se apoyaba en pasajes de «el Maestro» para justificar el recurso a la «fuerza» y la «liberación sangrienta de la Patria» (11).

Pese a lo llamativo de las citas, se trataba de episodios aislados sin apenas recorrido. Por ejemplo, el libro de Eguileor careció de repercusión pública: fue editado justo antes de la sublevación franquista y estaba en las antípodas de los planteamientos de otros líderes del PNV, como José Antonio Aguirre o Manuel Irujo, quienes ya habían apostado por la vía institucional y el autonomismo. Mayor relevancia tuvieron las dos escisiones aranistas ortodoxas de la formación lideradas por Eli Gallastegui (*Gudari*) y apadrinadas *a posteriori* por Luis Arana, hermano mayor de Sabino: el PNV-*Aberri* (Patria) en la década de 1920 y *Jagi-Jagi* (Arriba-Arriba) durante la de 1930.

Desde que en 1918 se llamase por primera vez a la resistencia violenta, ya que «en estas luchas de Patria no hay semilla más fructífera que la sangre que se derrama generosamente», en el semanario *Aberri* (1916-1923) y el diario del mismo título (1923) se ensalzaron con cierta frecuencia las virtudes de la vía armada. En septiembre de 1923 el PNV-*Aberri*, tres formaciones nacionalistas radicales de Cataluña y otra de Galicia firmaron una «Triple Alianza» contra el «Estado español», a la que *Gudari* soñaba con sumar a los rebeldes rifeños de Abd el-Krim. En el documento se proclamaba «el derecho a la apelación heroica» y la disposición de los nacionalistas a «mezclar la sangre en el sacrificio». Como subraya José Luis de la Granja, «todo esto no era más que puro verbalismo que se diluyó como un azucarillo dos días después cuando en la misma ciudad condal dio el golpe de Estado el general Primo de Rivera». Durante la dictadura *Aberri* mantuvo su entente con el grupo de Francesc Macià, con el cual formó un Comité de Acción de la Libre Alianza (1925), que supuestamente iba a organizar una revuelta armada. En la prensa editada en el exilio por el partido de *Gudari* no faltaron los artículos incendiarios ni las promesas de revanche: había llegado la hora de recuperar la libertad nacional que supuestamente los españoles habían pisoteado. Verbigracia, haciendo referencia a un recién formado «Ejército Vasco», un manifiesto de 1927 llamaba a aprestarse «para la lucha» lanzando «nuestro irrintzi [grito] de combate: ¡Lenago il!, ¡antes morir!, ¡antes perecer que resignarse a la esclavitud!». Al «vasco patriota» se le exhortaba así: «levántate, limpia tus armas, como hizo el etxejojaun de

(11) IBERO (1957): 31. La cita de Meabe en GRANJA (2008): 56 en nota. EGUILEOR (1936): 69.

Ibañeta en [la batalla de] Roncesvalles, y si tienes sangre en las venas y en el corazón esperanza, síguenos e incorpórate a nuestras filas...». Con todo, la resistencia de *Aberri* fue meramente testimonial: su participación en los planes insurreccionales de Macià fue casi nula y el fantasmal «Ejército Vasco» no pegó ni un solo tiro (12).

Algunos de los antiguos *aberrianos*, como el propio *Gudari*, y la fracción mayoritaria de la Federación de *Mendigoxales* (montañeros) de Vizcaya, que había ejercido de servicio de orden del PNV, participaron en 1934 en la segunda escisión ultranacionalista del partido: *Jagi-Jagi*, nombre de su semanario bilbaíno (1932-1936). En sus números abundaba la misma mística del tormento heroico que en las publicaciones de *Aberri*, pero hubo una novedad trascendental: bastantes de los *mendigoxales*, quienes se autocalificaban como «soldados de la Patria», iban armados, realizaban ejercicios de tiro y protagonizaron enfrentamientos violentos con otros grupos juveniles, principalmente con los de la izquierda obrera. Tales choques produjeron víctimas mortales: los primeros mártires del movimiento, a quienes los *jagi-jagis* glorificaron y juraron emular. Desde luego, la de los *mendigoxales* no estaba lejos de ser una organización paramilitar. Ahora bien, esa era la tendencia generalizada entre las juventudes de los partidos políticos durante la II República: los requetés carlistas, las escuadras de Falange, los *escamots* de ERC, los grupos de autodefensa del PSOE y de ANV, las milicias comunistas, etc. Asimismo, pese a que estaban fascinados por el nacionalismo radical irlandés, los *jagi-jagis* no hicieron ninguna intentona insurreccional ni utilizaron tácticas terroristas. Tal vez nunca lo tuvieron en mente, aunque tampoco hay que descartar que su apuesta por este tipo de violencia fuese abortada por el estallido de la Guerra Civil (1936-1939) (13).

3. EL CONTEXTO. GUERRA CIVIL Y DICTADURA EN EL PAÍS VASCO

Al igual que había hecho en el conjunto de España, la Guerra Civil partió en dos a la sociedad vasca. Álava y Navarra fueron dos de las provincias que más voluntarios aportaron al llamado «Alzamiento Nacional». Los carlistas, falangistas y conservadores se enfrentaron en el campo de batalla a los milicianos de las organizaciones de izquierda leales al Gobierno. Aun cuando tenía significativos puntos en común con los sublevados, el PNV se decantó por el bando republicano, pero no se volcó en la guerra hasta la aprobación del Estatuto de autonomía y la formación del primer Gobierno vasco presidido por el *lehendakari* José Antonio Aguirre. Los *gudaris* (soldados o guerreros), miem-

(12) GRANJA (2003): 59. ESTÉVEZ (1991): 363-458. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2014). *Aberri*, 21-XII-1918. «¡Lenago il!», 10-X-1927, documento cedido por José Luis de la Granja.

(13) ELORZA (2005): 168-169. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 44-49. GRANJA (2008): 465-469 y 563-566.

bros de los batallones del PNV, ANV, ELA-STV y *Jagi-Jagi*, se unieron entonces a los milicianos vascos socialistas, comunistas, republicanos y anarquistas. Sin embargo, los nacionalistas mantuvieron un perfil propio, como prueban su simbología *abertzale* y su himno, el *Eusko Gudariak* (Soldados [Nacionalistas] Vascos). Como ha señalado Xosé Manoel Núñez Seixas, muchos *gudaris*, imbuidos en los principios y los mitos del aranismo, no percibieron la contienda como una guerra civil, sino como la enésima invasión «española». En ese sentido, más que por la II República, creían luchar por la independencia de Euskadi. Tras la toma de Vizcaya por las tropas franquistas en junio de 1937, entre ellas las brigadas carlistas vasconavarra, la cúpula del PNV negoció la rendición de sus tropas a los fascistas italianos abandonando a sus aliados republicanos (Pacto de Santoña, agosto de 1937) (14).

Los vencedores llevaron a cabo una dura represión contra los vencidos. No obstante, una perspectiva más amplia de la conflagración y la posguerra obliga a introducir ciertos matices. Euskadi registró un índice de violencia inferior al de otras regiones de España: Vizcaya, Guipúzcoa y Álava tuvieron muchas menos víctimas mortales que Huelva, Sevilla o Badajoz, las provincias más castigadas. Por añadidura, las represalias franquistas no se repartieron por igual: afectaron más severamente a los militantes de izquierdas que a los (conservadores y católicos) *jeltzales*. No se pretende minimizar el dramático hostigamiento que sufrió el nacionalismo vasco, que es innegable, sino cuestionar dos de sus más arraigados mitos históricos. Primero, la dicotomía maniquea españoles/franquistas *vs.* vascos/*abertzales* es insostenible. Segundo, la dictadura nunca estuvo empeñada en un genocidio contra los vascos, sino en la persecución de los disidentes, independientemente de su lugar de origen y de que sus ideas fueran nacionalistas (periféricas), izquierdistas o sencillamente demócratas. Pese a que desde un principio ETA utilizara dicha coartada para legitimar su actividad armada («la violencia engendra violencia»), en Euskadi no tuvo lugar nada parecido a una limpieza étnica (15).

La dictadura no fue un régimen ajeno al País Vasco ni se basaba solamente en la coacción. Contaba, además, con la bendición de la jerarquía eclesiástica, el sostén de un alto porcentaje de la burguesía y las clases populares y la adhesión de las derechas vascas. A tales apoyos hay que sumar la pasividad del grueso de la sociedad, que en los años sesenta empezó a disfrutar de cierta prosperidad. La imagen de una Euskadi indómita con ETA como heroica punta de lanza no se corresponde con la realidad histórica: el franquismo no fue contestado en la calle por amplias capas de la población vasca hasta la década de 1970. Y ni siquiera entonces la totalidad de los ciudadanos movilizados hacían suyas las reivindicaciones nacionalistas. Muchos protestaban por razones es-

(14) NÚÑEZ SEIXAS (2006): 384-393.

(15) BARRUSO (2005). DE PABLO (2003): 137. GÓMEZ CALVO (2014). *Zutik*, XII-1961/I-1962, y n.º 8, XII-1962.

trictamente socioeconómicas siguiendo las consignas de los sindicatos de clase y la oposición de izquierdas (16).

Tras la Guerra Civil, Franco confirmó el Convenio de Navarra y el Concier-to económico de Álava, pero derogó los de Vizcaya y Guipúzcoa. Igualmente ignoró el Estatuto de 1936, eliminando la efímera autonomía vasca. La democracia parlamentaria y la incipiente regionalización de la II República fueron sustituidas por una dictadura centralista que pretendía acabar con la diversidad política, identitaria, cultural y lingüística de toda España, incluyendo la del País Vasco y Navarra. Por más que el euskera nunca estuvo oficialmente prohibido, durante buena parte del franquismo fue desterrado de la educación y se marginó la cultura escrita en dicho idioma. Al mismo tiempo, ya fuera por presiones, prestigio o puro utilitarismo, no faltaron hablantes que lo abandonaran. Como resultado, el vascuence experimentó un paulatino retroceso. Mediada la dictadura apareció una nueva generación de ultranacionalistas vascos que, conmocionados, acusaron a «España» de estar cometiendo un genocidio lingüístico y cultural que venía a complementar la represión militar y policial. Según muchos de estos jóvenes *abertzales*, la finalidad del plan era patente: borrar a la nación vasca de la faz de la tierra (17).

Tal sentimiento agónico se vio reforzado por la llegada de decenas de miles de inmigrantes provenientes del resto de España. A consecuencia del nuevo proceso de industrialización auspiciado por el desarrollismo, un importante segmento de los habitantes del medio rural se habían trasladado a los núcleos fabriles de Euskadi (así como de Madrid, Cataluña, etc.). Se multiplicó la heterogeneidad de la sociedad vasca, que ya de por sí era bastante plural, lo que acarreó la reaparición del rechazo xenófobo a los inmigrantes (ahora «cacereños», «coreanos» o «españoles» a secas). Los *abertzales* más extremistas, entre los que cabe contar a algunos líderes de ETA, consideraban a los recién llegados una «Quinta columna»: peones de una campaña de colonización orquestada por el secular enemigo de la nación vasca (18).

El marco dictatorial había estrechado drásticamente la estructura de oportunidades disponible para hacer política. Carentes de derechos y libertades, tratados como delincuentes y perseguidos por la policía, los miembros de la oposición se vieron abocados a la cárcel o la clandestinidad. En tal coyuntura los métodos extremos recobraron su atractivo, sobre todo para aquellos jóvenes que no habían tenido una vivencia directa de la Guerra Civil. Bastantes grupos antifranquistas sopesaron la posibilidad de recurrir a la fuerza de las armas como método para derrocar a Franco y eventualmente lograr su particular utopía, pero muy pocos se decidieron por ese tipo de la acción. Sí que lo

(16) PÉREZ PÉREZ (2001).

(17) DE PABLO (2010). FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 268-269. NÚÑEZ SEIXAS (2013). Véase, por ejemplo, *Zutik*, n.º 15, X-1963.

(18) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 49-54.

hicieron los militantes de ETA, para quienes la violencia era inevitable, ya que, una vez «la política ha agotado sus medios, se impone la guerra justa de liberación» (1964). Cuatro años después, tras consumir sus primeros asesinatos, los etarras aducían no haber tenido más remedio porque «hemos visto que se nos cierran todas las salidas». Los atentados eran el «único camino que la violencia fascista nos ha dejado abierto» (1968). Probablemente así lo creían, pero no era cierto: todos los que se enfrentaron al régimen se vieron en la misma disyuntiva a la hora de actuar. Unos grupos escogieron la resistencia civil, las huelgas o las manifestaciones; otros, los menos, la «lucha armada» (19).

En otro orden de cosas, por mucho que su ambiente familiar o social fuera abertzale (y no siempre lo era), los jóvenes etarras fueron adoctrinados por el sistema educativo franquista, que les transmitió una cultura política que pivotaba sobre el ultranacionalismo, la intolerancia, el mesianismo, el autoritarismo, el militarismo, el pretorianismo y la exaltación de la violencia purificadora. Como sospechaba Mario Onaindia al leer las obras completas de José Antonio Primo de Rivera en 1970, estos valores no eran ajenos a algunos miembros de ETA, quienes inconscientemente reprodujeron la melodía falangista que les habían inculcado en la escuela, solo que cambiándole la letra. Y a veces ni eso. Por ejemplo, en un *Zutik* de 1962 un tal E. Irurizar justificaba el último recurso citando al fundador de las JONS: «“La violencia nacional –es el falangista Onésimo Redondo quien nos presta la frase– es justa, es necesaria, es conveniente”. Una violencia pegajosa, demoledora, crónica, que haga de nuestra lucha la lucha buena, rentable». Esa fue una de las razones por las que nunca faltó quien, desde fuera, identificara a ETA con el fascismo. Valga como muestra una temprana nota de la dirección provincial del PNV de Vizcaya en la que se podía leer que los etarras eran «los “falangistas” de Euzkadi, tanto en la acción como en la ideología». Con todo, no conviene exagerar el aire de familia, ya que existían (y existen) diferencias de calado entre el nacionalismo vasco radical y el fascismo (20).

La represión de toda disidencia, la configuración centralista del Estado, la restringida estructura de oportunidades políticas, la marginación del euskera, la inmigración y la cultura totalitaria y castrense que les habían transmitido influyeron de una u otra manera en los militantes de ETA. No obstante, el contexto histórico no basta para explicar por qué ETA se decantó por la violencia terrorista, ya que sus circunstancias eran exactamente las mismas que las de otros grupos que no lo hicieron, como EGI, *Euzko Gaztedi* (Juventud Vasca) del Interior, vinculada al PNV.

(19) GONZÁLEZ CALLEJA (2013): 424-428. LÓPEZ ROMO, LOSADA URIGÜEN y CARNICERO HERREROS (2013): 198. HORDAGO (1979-1981), vol. III: 25 y vol. VII: 533. *Zutik*, n.º 49, VII-1968.

(20) ONAINDIA (2001): 490-491. La nota del PNV en JÁUREGUI (1985): 288-289. LÓPEZ ROMO (2012): 41. MOLINA (2014). *Zutik*, IV-1962.

4. EL SUJETO. LA RUPTURA GENERACIONAL DEL NACIONALISMO

El *lehendakari* José Antonio Aguirre confiaba en que la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) precipitara la caída de la dictadura. Con el fin de incitar la intervención de las democracias occidentales, el Gobierno vasco y los sindicatos llamaron a la huelga general en 1947 y 1951, pero, pese a su notable seguimiento, la convocatoria no tuvo la repercusión internacional que se esperaba. La Guerra Fría había salvado al régimen: en 1953 Franco firmó el Concordato con el Vaticano y los acuerdos con Estados Unidos. Dos años después España fue aceptada en la ONU. En 1960 Aguirre murió en París, dando fin a una era. Lo reemplazó en la *Lehendakaritza* el también *jeltzale* Jesús María Leizaola. A partir de entonces el Gobierno vasco pasó a un plano casi testimonial. Tampoco tuvo un papel destacado el PNV, cuyos afiliados, a decir del que fuera primer jefe militar de ETA, Xabier Zumalde (*el Cabra*), se limitaban a «recordar viejas hazañas, celebrar funerales, comilonas y el Aberri Eguna». Según el Gobierno Civil de Guipúzcoa, en 1964 los *jeltzales* únicamente se habían dedicado «a la difusión de propaganda por correo y a fomentar toda clase de manifestaciones de tipo vasquista, dándole carácter antiespañol». Por esas fechas un joven Mario Onaindia abandonaba las filas del PNV porque «no me sentía identificado con su actitud de esperar a que llegara la democracia aplicando la magia simpática de celebrar un Aberri Eguna anual mientras sus militantes se preparaban para copar los cargos de esa democracia» (21).

Indignados, los nacionalistas radicales del exilio americano, *jagi-jagis* o disidentes *jeltzales*, denunciaban el bajo perfil del PNV, su estrategia posibilista y sus relaciones con los «españoles», o sea, los socialistas y republicanos. No faltaron las acusaciones de claudicación y traición a la memoria de los *gudaris* muertos en combate. La formación, sentenciaban, ya no era un instrumento válido para la liberación de la patria. Pero tampoco ellos, los viejos ultranacionalistas, eran capaces de ofrecer una alternativa. Su esperanza radicaba en la llegada de una nueva hornada de *abertzales* que empuñasen el fusil que los veteranos habían abandonado. En cierto modo, así ocurrió, ¿pero cómo se había formado aquella juventud a la que apelaban? (22).

En el interior del País Vasco el nacionalismo se transmitió intergeneracionalmente por medio de canales como la prensa clandestina, la propaganda, la literatura, la música, las celebraciones rituales y los lugares de memoria, así como oralmente en redes sociales como la familia, la cuadrilla y sus rituales de ocio, la vida asociativa, el ámbito de la cultura en euskera y la Iglesia (23). Por

(21) ONAINDIA (2001): 207-208. *El Mundo*, 25-IV-2004. *Memoria del Gobierno Civil de Guipúzcoa de 1964*, AHPG (Archivo Histórico Provincial de Guipúzcoa), carpeta 3674/0/1.

(22) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2014): 255.

(23) GURRUTXAGA ABAD (1990). PÉREZ-AGOTE (1987).

tales medios los jóvenes recibían un mensaje muchas veces esquemático y maniqueo: los dogmas aranistas y una versión ampliada del imaginario bélico abertzale. Por un lado, el carlismo quedaba reducido a un mero prólogo del movimiento nacionalista. Por otro lado, se añadía un penúltimo episodio al supuesto conflicto entre vascos y españoles: la Guerra Civil, que era considerada la postrer invasión extranjera. Un importante sector del nacionalismo construyó y divulgó una memoria distorsionada de la contienda que encajaba con la narrativa identitaria anterior. Así, la historia reciente fue, de nuevo, manipulada: se magnificaron determinados sucesos (por ejemplo, la represión transmutada en genocidio), se minimizaban otros, se borraron los personajes incómodos (los milicianos, requetés y falangistas vascos y navarros), se demonizó al enemigo «español» y «fascista» (términos convertidos en sinónimos) y se glorificó al *gudari*, al que sistemáticamente se presentaba como un modelo al que los jóvenes debían imitar (24).

La idea de que la Guerra Civil constituía el más reciente capítulo de un secular conflicto étnico era verosímil a causa del contexto político: los métodos represivos de la dictadura, su estructura centralista, su particular tergiversación del pasado en clave nacionalcatólica, la segregación del euskera, la supresión del universo simbólico *abertzale*, la prohibición de cualquier participación en la vida política... La imagen de una Euskadi conquistada militarmente resultaba creíble, sobre todo para aquellos que ignoraban tanto la historia real como la situación en la que se encontraba el resto de España (25).

Así fue como a finales de los años cincuenta y, sobre todo, durante los sesenta entró en escena una nueva generación de nacionalistas vascos, la mayor parte de los cuales se encuadraron organizativamente en EGI y ETA. La primera, EGI, fue creada en Venezuela para distinguir a las juventudes del PNV del interior del País Vasco de las del exilio. Su boletín llevaba el ilustrativo título de *Gudari*, el mismo que había tenido la revista de los batallones nacionalistas de la Guerra Civil, y su logotipo era una antorcha pasando de la mano de los viejos *gudaris* a la de sus continuadores. Antes, en 1952, un grupo de universitarios había comenzado a publicar la revista *Ekin* (hacer), otro significativo nombre, por el que fueron conocidos. Al año siguiente, durante la reunión fundacional del nuevo colectivo los jóvenes juraron sobre un ejemplar de un *Gudari* de la Guerra Civil. En palabras de José Luis Álvarez Enparantza (*Txillar-degi*), se creían «gudaris y aquella organización (...) se veía como la continuación del Ejército Vasco». Pero, en vez de combatir, se dedicaron al estudio, redescubriendo el nacionalismo vasco en su variante más fundamentalista. En 1956, debido a la sintonía ideológica, *Ekin* se integró en EGI. Sin embargo, las suspicacias mutuas y los intentos de control por parte de la dirección del PNV hicieron que la unidad fuera efímera. La ruptura llegó en 1958,

(24) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2014). MURO (2009).

(25) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 50-51. JÁUREGUI (1985).

fecha en la que los antiguos miembros de *Ekin* crearon ETA. Aun cuando son considerados los herederos de la corriente más intransigente del *abertzalismo*, la de *Aberrri* y *jagi-jagis*, los etarras renovaron algunos de los dogmas de Sabino Arana al renunciar tanto al integrismo católico como al racismo apellidista, aunque, como se explica en *Sangre, votos, manifestaciones*, no a la xenofobia contra los inmigrantes. De cualquier manera, como muestra el aporte de militantes que la organización fue recibiendo de las juventudes del PNV, las diferencias entre ETA y EGI eran más estratégicas que ideológicas (26).

Además de la vivencia de idénticas circunstancias históricas y de compartir una misma cultura política, la nueva hornada de *abertzales* estaba marcada por una serie de rasgos comunes. En primer lugar, enterrando la evolución democrata-cristiana que había experimentado el PNV desde la II República, se adscribió a la corriente más radical, inflexible y antiespañola del nacionalismo. «Para nosotros, al igual que para el cruzado del siglo X la suya», se leía en *La insurrección en Euzkadi* (1964), «nuestra verdad es la verdad absoluta, es decir, verdad exclusiva que no permite ni la duda ni la oposición y que justifica la eliminación de los enemigos virtuales o reales. Consecuentemente somos intransigentes en nuestra idea, en nuestra verdad, en nuestra meta esencial». Tal meta consistía, en segundo término, en «recuperar» la Edad de Oro que los españoles habían arrebatado a los vascos por las armas: una Euzkadi independiente, «reunificada» (mediante la anexión de Navarra y el País Vasco francés) y monolingüe en euskera. Tercero, haciendo una lectura literal del canon aranista, creían que, siguiendo a Julen Madariaga, «Euzkadi, es decir, nosotros, nos hallamos en estado de guerra con el ocupante extranjero, por obra y gracia de este, no nuestra; estado de guerra que *no cesará* hasta que la última pulgada de nuestro territorio nacional no se haya liberado». Desde el punto de vista de EGI, «estamos aún en guerra. La Patria está ocupada». Se trataba de un conflicto ancestral: tanto los militantes de EGI como los de ETA se autoproclamaban los herederos de una larga cadena de luchadores contra el invasor extranjero. Según el *Libro Blanco* (1960), «nuestro caso es el de un pueblo aplastado tres veces por las armas, tergiversado sistemáticamente por la historia española desde hace más de 150 años». Un militante de EGI aducía que la Guerra Civil únicamente era «el último acto de una tragedia», ya que «1839, 1876 y 1937 tienen una trama común». En ese sentido, era patente su deseo de emular y/o vengar a los *gudaris*, que en bastantes casos eran sus propios padres. Un etarra manifestaba en 1962 que «cumpliremos con el deber de ser leales al recuerdo de los *gudaris*, que murieron en la guerra y al heroísmo de nuestros compañeros de hoy». En 1963 *Gudari* anunciaba que «la generación del 63 está dispuesta a seguir el ejemplo de la generación del 36». Ese mismo año se advertía de que «el brazo de la juventud vasca se armará y saldrá a luchar como en la generación

(26) ÁLVAREZ ENPARANTZA (1997): 177. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 51-54. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 39-73. JAUREGUI (1985): 75-83.

del 36». A decir de Mario Onaindia, unirse a ETA «era una forma de reaccionar ante la generación anterior, ante la generación de los *gudaris*»: «nos fuimos de casa para continuar su guerra». En cuarto lugar, mantenían una problemática relación con el PNV. Aunque, por lo general, los jóvenes respetaban a los fogueados *jeltzales*, también les exigían salir de la inoperancia en la que se habían acomodado y unirse al combate contra España. «Existe una nueva generación, afortunadamente», anunciaba un *Zutik* de Caracas. «El pueblo vasco no se ha detenido en 1936; nuestras instituciones sí (...). No queremos recuerdos: queremos hechos. Pedimos la creación inmediata de una Resistencia Vasca. Pedimos voz y voto en ella a la nueva generación: es decir, a EG [sic] y a ETA». Dos años después las acusaciones habían subido de tono: «el que no colabora en la Resistencia es un traidor, y como tal será tratado». Quinto, como se reflejaba en un boletín de ETA, temían que «la vida misma de nuestro pueblo (...) está en peligro, es urgente salvarla; es urgentísima la victoria contra el genocida. Tenemos que llegar *a tiempo* de salvar un pueblo, una lengua... que mueren». ¿Cómo evitar la desaparición del euskera y, por tanto, la muerte de la nación vasca? A su juicio, la solución más efectiva eran las armas, amparada, por añadidura, por el derecho a la legítima defensa. «Nada conseguiremos limitándonos a una pasividad que a la larga nos destruiría, es precioso actuar y enérgicamente; por eso ETA no se intimida y siempre de cara a la verdad no teme utilizar métodos considerados violentos por algunos patriotas pusilánimes y timoratos». Cuando en 1961 Federico Krutwig se exilió en Biarriz (País Vasco francés) en el entorno *abertzale* «todo el mundo hablaba de violencia y de la necesidad de formar grupos armados». Al año siguiente un editorial de *Gudari* justificaba la «violencia armada». En 1963 se sentenciaba que «nadie puede negar la legitimidad de nuestro recurso a la fuerza. Es el único lenguaje que entienden los tiranos». El fin justificaba los medios (27).

Aquella querencia por la acción se tradujo de diversas formas. Al principio, los militantes de EGI y ETA se dedicaron a la propaganda, las pintadas, la colocación de ikurriñas, la celebración de fechas señaladas, los sabotajes, la destrucción de monumentos a los caídos «por Dios y por España» e incluso los actos de violencia de baja intensidad, como amenazas y palizas. Más tarde, en 1968, los etarras comenzaron a asesinar a quienes consideraban enemigos de la patria. Las juventudes del PNV no dieron ese paso. ¿Por qué?

Los miembros de EGI se consideraban *gudaris* de una «nueva Resistencia» y desplegaron un nivel de activismo que en momentos puntuales parecía anunciar una deriva terrorista. No obstante, sus veleidades violentas chocaron contra

(27) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 50-56. *Libro Blanco* en HORDAGO (1979-1981), vol. I: 268. *La insurrección en Euzkadi* en HORDAGO (1979-1981), vol. III: 23-63. *Zutik*, n.º 8, XII-1962, n.º 12, 1963, n.º especial *Aberri Eguna*, 1963, n.º 17, 1964 y n.º 18, 1964. *Zutik* (Caracas), n.º 15, X-1961. La cita de Onaindia en ARANZADI, JUARISTI y UNZUETA (1994): 191-192. Véase toda la colección de *Gudari*, especialmente n.º 2, IV-1961, n.º 7, I-1962, n.º 11, 1962, n.º 13, 1962, n.º 15, 1963, y n.º 20, 1963. El testimonio de KRUTWIG en *Muga*, n.º 2, IX-1979.

un muro: la tradición política del PNV. Lo que detuvo a los jóvenes de EGI fue la voluntad manifiesta de los veteranos líderes del partido, poco proclives a tales experimentos. Como Manuel de Irujo les advertía en 1962, que «la guerra “no es una cosa mala” solamente lo dicen los fascistas. Los demócratas, los cristianos (...) afirmamos la paz, la moral, el derecho, la caridad, la solidaridad; y en política, el diálogo». En otro artículo denunció que «en el ánimo de nuestra juventud ha hecho impacto la idea de que, sin violencia, no haremos nada serio en orden a la adquisición de nuestra libertad». Los *jeltzales* «nos opondremos hasta donde lleguen nuestras fuerzas a la violencia inútil y sectaria de unos irresponsables que, aunque sean patriotas excelentes, carezcan de la autoridad precisa». Si bien para la mayoría de los militantes de EGI la amonestación de sus mayores fue suficiente para templar los ánimos, algunos se negaron a renunciar a una vendetta por la derrota de los *gudaris* y, como los hermanos José Antonio y Javier (*Txabi*) Etxebarrieta Ortiz, abandonaron la órbita del PNV para integrarse en ETA. A finales de la década EGI retomó la idea de actuar como brazo armado del partido. Así, en 1969 se colocó una bomba en la etapa Vitoria-Pamplona de la Vuelta Ciclista a España, que se tuvo que suspender. Al año siguiente dos miembros de las juventudes del PNV murieron al explotar el artefacto que estaban manipulando. Aquel suceso abortó una eventual escalada violenta. La dirección *jeltzale* puso punto y final a la aventura. Decepcionado, Iñaki Mujika Arregi (*Ezkerra*) capitaneó una nueva escisión, EGI-*Batasuna*, que se fusionó con ETA en 1972 (28).

5. EN BUSCA DE UN MODELO. ETA Y EL TERCER MUNDO

A juicio de José María Garmendia, «la necesidad de practicar la violencia está presente (...) desde el nacimiento mismo de la organización». Efectivamente, el *Libro Blanco* establecía que «la liberación de manos de nuestros opresores requiere el empleo de armas cuyo uso particular es reprochable. La violencia como última razón y en el momento oportuno ha de ser admitida por todos los patriotas». No es de extrañar que la primera ETA se dotara de una rama de acción, que en diciembre de 1959 se estrenó colocando tres explosivos caseros. Dos años después *Zutik* anunciaba que «la Resistencia Vasca se prepara para una nueva fase de gigantescas proporciones. Preparémonos todos para la gran hora que se acerca». Consistió en el frustrado descarrilamiento de un tren de veteranos requetés vascos que acudían a San Sebastián a conmemorar el 18 de julio. «La gran hora» no había sonado todavía, pero no hay que obviar el valor simbólico del sabotaje: suponía un acto de venganza contra los aborrecidos combatientes franquistas que habían derrotado a los *gudaris* en la Guerra Civil.

(28) GARMENDIA (2006): 102-103. UNZUETA (1980): 46-60. *Alderdi*, n.º 180-181, 1962, y n.º 182, V-1962.

La dictadura reaccionó con contundencia contra aquellos novatos pero molestos adversarios. Las detenciones realizadas por las fuerzas policiales fueron un precio tan alto que un puñado de etarras cuestionaron la idoneidad de la «lucha armada». Quizá dichas discrepancias estaban detrás de ambiguo tratamiento de la violencia que se plasmó en los «Principios» de la I Asamblea de ETA (1962): «se deberán emplear los medios más adecuados que cada circunstancia histórica dicte». De cualquier manera, el debate fue efímero, ya que la mayoría de los etarras eran firmes partidarios de emplear las armas. Se trataba del único instrumento válido y lícito para enfrentarse a la ocupación extranjera y detener el genocidio que estaba sufriendo Euskadi (29).

La supuesta contienda étnica entre los agredidos vascos y los agresores españoles, elemento nuclear del imaginario *abertzale*, tardó en materializarse casi un decenio. De hecho, los etarras eran bastante prudentes al respecto. Tal y como se pedía en un *Zutik* de Caracas de principios de los años sesenta, «si tú, amigo, todavía piensas en las ametralladoras, párate un poco, reflexiona y ayúdanos. Algún día llegarán los tiros. No tengas prisa». Hasta que llegaron, el colectivo se dedicó a los sabotajes, las pintadas y la edición de pasquines y publicaciones periódicas. En palabras de José Luis Unzueta (*Patxo*), durante la primera mitad de la década ETA, no fue más que «un grupo propagandista con casi ilimitada fe en las virtualidades del papel impreso». Mas tampoco faltaron algunos experimentos que ya anunciaban lo que estaba por venir. Verbigracia, en 1963 unos etarras agredieron al maestro de Zaldívar (Vizcaya) por su presunta aversión al euskera. Le propinaron «una paliza de la que probablemente quedará marcado. Y esto no es violencia... esto es autodefensa». En ese mismo número de *Zutik* se rogaba a los lectores que «denuncien casos similares, asegurándoles que los castigos se llevarán a cabo». Acto seguido se presentaba una lista de pueblos cuyos docentes ya habían sido marcados. Al año siguiente ETA anunció que había quemado el comercio de un presunto confidente y había «invitado» a otro a irse de Euskadi o sería expulsado. Algunas de aquellas amenazas etarras se cumplieron. Sería el caso de la que en 1962 Julen Madariaga había dedicado al comisario Melitón Manzanos y otros policías: «pagarán caro sus crímenes. No son bravatas». De cualquier manera, la actividad de ETA todavía entraba dentro de lo que González Calleja ha calificado como «aventurismo armado», es decir, «una violencia de bajo nivel técnico practicada por militantes no especializados, con un carácter puntual y un propósito meramente publicitario» (30).

A los bisoños miembros de ETA sus lecturas nacionalistas no les ofrecían las pautas para la acción violenta que precisaban. La única referencia cercana (y

(29) GARMENDIA (1996): 152. JÁUREGUI (1985): 204-263. *Libro Blanco* y los «Principios» en HORDAGO (1979-1981), vol. I: 196 y 532. *Zutik*, IV-1961.

(30) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 274. GONZÁLEZ CALLEJA (2013): 429. UNZUETA (1980): 3. *Zutik* (Caracas), n.º 4, 1960 y n.º 38, 1964. *Zutik*, n.º 8, XII-1962.

realista) que les ofrecía su narrativa sobre un centenario conflicto bélico entre Euskadi y España era la Guerra Civil, pero, por mucho que los etarras pretendieran ser los continuadores de los *gudaris*, reconstituir el Ejército vasco era una quimera. Dado que la tradición *abertzale* carecía de un patrón viable, los jóvenes activistas tuvieron que buscar referencias en el ámbito internacional. Al igual que otros nacionalismos minoritarios de Europa occidental, las encontraron en el proceso de descolonización del Tercer Mundo. Así pues, ETA se acercó a la guía doctrinal de autores como Mao Zedong o Frantz Fanon y al llamativo modelo de los movimientos de liberación nacional radicados en Asia, África y América Latina: el *Irgum* cuyos atentados terroristas fueron clave en la creación del Estado de Israel en 1948, el Movimiento 26 de julio dirigido por Fidel Castro, que desde sus bases de Sierra Maestra había derrocado al dictador cubano Fulgencio Batista en 1958, o el Frente de Liberación Nacional de Argelia, el cual logró la independencia de la antigua colonia francesa en 1962. Su huella quedó impresa en, al menos, tres facetas. Por un lado, en la idea de que, por medio de una guerra de guerrillas, una minoría de patriotas valerosos era capaz de derrotar a una gran potencia imperialista. Por otro, en el diseño organizativo: la necesidad de una vanguardia revolucionaria que se pusiera a la cabeza de un amplio frente nacional interclasista. Por último, en el plano ideológico, se planteó la posibilidad de combinar el nacionalismo con algún tipo de socialismo. El Tercer Mundo era uno de los muchos temas de interés de las primeras publicaciones de ETA, pero a partir de 1962 su presencia se hizo notoria. Ese año un *Zutik* proponía practicar una «violencia contagiosa, destructora, que apoye nuestra lucha, la buena lucha, la que nos han enseñado los israelitas, los congoleños, los argelinos». En otro artículo se manifestaba que Euskadi era una «colonia española desde 1839», como lo habían sido Argelia o Angola. «España obtiene demasiadas ventajas económicas de Euskadi como para que podamos creer que vendrá el día que se resigne a perder su “colonia”, si nosotros no estamos dispuestos a conquistar nuestro derecho por la fuerza. Partiendo de esa premisa es evidente que el camino que hemos de seguir es similar al de los argelinos o congoleños». Al hilo de las nuevas revoluciones, el foco de atención de los etarras se fue desplazando. En 1968 José Antonio Etxebarrieta todavía escribía «nosotros somos los kurdos de Europa (...), somos los israelitas de Europa», pero la ETA de entonces prefería mirarse en el espejo de América Latina. Como rezaba una pintada de ese mismo año: «Euskadi, Cuba de Europa» (31).

Entre el proceso de descolonización del Tercer Mundo y los relativamente aislados miembros de ETA hubo un puente: Federico Krutwig Sagredo, un erudito ultranacionalista exiliado en Francia que en aquel momento no militaba en la organización, aunque no tardó en integrarse en ella. Su obra *Vasconia* (1963), como décadas después reconoció Álvarez Enparantza, ejerció un influjo decisivo

(31) GONZÁLEZ CALLEJA (2013): 255-273. JÁUREGUI (1985): 136-138 y 196-237. NÚÑEZ SEIXAS (1998): 267-270. *Zutik*, IV-1962, y n.º 48, I-1968. HORDAGO (1979-1981), vol. VII: 520.

en la nueva generación de *abertzales*, convirtiéndose en algo parecido a «la biblia de ETA». En primer lugar, para escándalo de los *jeltzales* y alborozo de los *etarras*, desarrollaba una feroz crítica al PNV. En segundo término, *Vasconia* presentó una versión del marxismo aparentemente compatible con el nacionalismo vasco. Tercero, haciendo gala de unos extensos conocimientos y cierta complejidad argumentativa, Krutwig aplicaba el modelo teórico de Mao y los movimientos anticoloniales a Euskadi, a la que se presentaba como una colonia conquistada, dividida, aculturizada y explotada por España y Francia. La clave para derrotar a las metrópolis y salvaguardar la existencia de la patria era imitar la estrategia de los exitosos frentes de liberación nacional: una guerra de guerrillas que comprendiera tácticas auxiliares de carácter terrorista (término que Krutwig no esquivaba), como el secuestro, el asesinato de civiles o el degüello de policías, a los que, si era posible, previamente había que torturar (32).

Vasconia, las obras de Claude Delmas y las experiencias de Israel, Chipre o Argelia sirvieron de inspiración a Julen Madariaga para escribir «La insurrección en Euzkadi», ponencia aprobada en la III Asamblea de ETA (1964). Los «gudaris-militantes», trasunto de los cruzados de la Edad Media, iban a formar una guerrilla para la cual «engañar, obligar y matar no son actos únicamente deplorables sino *necesarios*». Tras vencer a los ejércitos ocupantes, ETA tomaría el poder. Para desgracia de Madariaga, su plan no solo ignoraba el abismo entre el industrializado y próspero País Vasco y una colonia africana, sino también pasaba por alto la carencia de armamento y entrenamiento militar de los miembros de la organización. Por añadidura, la nula experiencia bélica y la fértil imaginación del autor se reflejaban en el documento hasta extremos grotescos. Por ejemplo, Madariaga proponía que las unidades *etarras* atacaran «con grandes irrintzis que paralicen de miedo al enemigo. O bien en silencio absoluto, como gato. Según convenga». En cualquier caso, no hay que subestimar el alcance de «La insurrección en Euzkadi», ya que se reflejó en dos vertientes. Por una parte, inauguraba una nueva corriente en el seno de ETA: la *tercermundista*. Por otra parte, en sus páginas se dibujó el primer bosquejo de la espiral de acción-reacción. Tras un atentado, «el enemigo, como un coloso agujoneado por muchas abejas, pierde el control en sí mismo, y golpea ciegamente a diestro y siniestro». De esta manera, se lograba «uno de nuestros mayores objetivos: el obligarle a cometer mil torpezas y barbaries. La mayoría de sus víctimas son inocentes. Entonces el pueblo hasta entonces más o menos pasivo, y a la expectativa, se vuelve hacia nosotros» (33).

La IV Asamblea de ETA (1965) asumió que el proyecto de Madariaga era poco factible. Euskadi a duras penas encajaba en el molde del Tercer Mundo, por

(32) ÁLVAREZ ENPARANTZA (1997): 207. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 54-57 y 264-266. KRUTWIG (2006). JÁUREGUI (1985): 203. *Zutik*, n.º 16, 1963, y n.º 19, 1964. *Alderdi*, n.º 203, III-1964.

(33) JÁUREGUI (1985): 225-237. «Notas a la III Asamblea» y «La insurrección en Euzkadi», en HORDAGO (1979-1981), vol. III: 123-124 y 21-70.

lo que el modelo precisaba cierta adaptación a sus particulares circunstancias y una mayor dosis de realismo. Para sustituir a «La insurrección en Euzkadi» se refrendó la ponencia «Bases teóricas de la guerra revolucionaria» de José Luis Zalbide, que reconocía las limitaciones de la organización (verbigracia, el frente militar sólo contaba con seis armas) y optaba por una «guerra revolucionaria» basada en la estrategia de acción-reacción, que fue descrita con mayor detalle. Primero, «ETA, o las masas dirigidas por ETA, realizan una acción provocadora contra el sistema». Segundo, «el aparato de represión del Estado golpea a las masas». Tercero, «ante la represión, las masas reaccionan de dos formas opuestas y complementarias: con pánico y con rebeldía. Es el momento adecuado para que ETA dé un contragolpe que disminuirá lo primero y aumentará lo segundo» (34).

ETA había encontrado la receta teórica que tanto tiempo llevaba buscando. Sus atentados iban a tratar de provocar unas represalias desproporcionadas por parte de la dictadura. No las sufrirían los militantes del grupo, sino los vascos en su conjunto, por lo que inevitablemente estos aplaudirían cualquier acto de venganza contra los opresores extranjeros que los maltrataban. Tarde o temprano la sojuzgada población rompería las cadenas del miedo para sumarse a la «guerra revolucionaria». Ahora bien, había dos condiciones indispensables para que funcionase la espiral de acción-reacción: que la estructura de ETA aguantase la respuesta policial y que el pueblo vasco se uniese a la causa ultranacionalista.

Se nombró primer responsable del frente militar de ETA a Xabier Zumalde, quien se dedicó a instruir a algunos jóvenes en tácticas de combate. En 1966 Patxi Iturrioz, responsable de la Oficina Política, pretendió dar un giro a la izquierda del colectivo, lo que acarreó la escisión de los seguidores de Zumalde, quienes fueron conocidos como *Los Cabras*. En mayo «tomaron» durante unas horas el pueblo de Garay (Vizcaya) mientras sus habitantes estaban en misa. Prosiguieron con las labores de propaganda, los robos y los sabotajes, se sometieron a durísimos entrenamientos y prepararon depósitos de víveres y armamento en el monte con vistas a transformarse en una guerrilla rural. Se trataba de una fantasía que no tardó en desvanecerse. *Los Cabras* fueron desarticulados por la policía a finales de 1968 (35).

6. LA VOLUNTAD. LA DECISIÓN DEL *BILTZAR TTIPIA* DE ETA EN 1968

Tras la expulsión de la corriente obrerista de Iturrioz, ETA celebró la segunda parte de su V Asamblea (marzo de 1967), en la cual se decidió estructurar el grupo en cuatro frentes (cultural, socioeconómico, político y militar),

(34) GARMENDIA (2006): 118-123. JÁUREGUI (1985): 245-247. SULLIVAN (1988): 58. «Bases teóricas de la guerra revolucionaria», en HORDAGO (1979), vol. III: 515.

(35) ZUMALDE (2004). La documentación de *Los Cabras* en HORDAGO (1979-1981), vol. VI.

adoptar el nacionalismo revolucionario, autodenominándose «Movimiento Socialista Vasco de Liberación Nacional», y ratificar la estrategia de acción-reacción. El estallido de «la Guerra Revolucionaria», se venía a anunciar, era inminente. El sentido de las votaciones confirmó la hegemonía de la tendencia tercermundista de ETA, encabezada por jóvenes dirigentes admiradores de Krutwig y la revolución cubana, especialmente de la figura ya legendaria de Ernesto *Ché* Guevara, a quien muchos de ellos soñaban con emular. Podemos citar los nombres de, entre otros, José María Escubi, *Patxo* Unzueta y los hermanos Etxebarrieta, el menor de los cuales había presidido la reunión: *Txabi*. Aquellos etarras formaban parte de la misma generación que estaba a punto de echarse a la calle en París, Praga y México y experimentar con las armas en Italia e Irlanda del Norte. Tras el reflujo del 68, bastantes revolucionarios frustrados protagonizaron la que David Charles Rapoport ha denominado tercera oleada del terrorismo, en la que se inserta ETA (36).

El acta de la segunda parte de la V Asamblea recogía que «el método de acción será un proceso de acción ascendente de acción reacción en los cuatro frentes que componen la lucha revolucionaria de un país oprimido», pero en la práctica el peso de la espiral recayó en la sección militar de ETA. A decir de uno de sus cabecillas, Xabier Izko de la Iglesia, «la lucha armada era la principal forma de llevar una acción política contra el fascismo, y ha sido la que más frutos dio». Hacía «temblar y recapacitar, al tiempo que revivía al pueblo. Era así como se demostraba que la poli no era infalible, que no eran superhombres. Teníamos que ser una organización basada en la fuerza». Y lo fueron. Gracias al armamento del que se había apropiado, ETA se embarcó en una actividad frenética: atracos a bancos, voladuras de símbolos franquistas como monumentos a los caídos «por Dios y por España», quema de coches de (considerados como) «chivatos», así como bombas contra diversos objetivos (ayuntamientos, locales sindicales, medios de comunicación, etc.). Habiendo colocado «en el centro de su cosmogonía la adoración a las armas», recuerda Eduardo Uriarte (*Teo*), se generalizó que liberados de la organización llevasen pistola. Tal circunstancia propició situaciones límite como la detención de Sabin Arana a principios de 1968 o las escaramuzas entre Escubi y las fuerzas de seguridad. Como subraya José María Garmendia, crecía «la posibilidad de una muerte violenta en un enfrentamiento armado, evidente consecuencia de la actividad desplegada por ETA en un régimen como el entonces vigente». En cierto sentido, era solo cuestión de tiempo. Así lo pronosticaba el manifiesto del grupo para el *Aberri Eguna* (Día de la Patria vasca), redactado por *Txabi* Etxebarrieta: «para nadie es un secreto que difícilmente saldremos de 1968 sin algún muerto». A decir de Uriarte, el pasaje «transmitía la sensación

(36) GARMENDIA (1996): 311-316. GONZÁLEZ CALLEJA (2013): 375-470. JÁUREGUI (1985): 411-459. JUARISTI (2008). ONAINDIA (2001): 253-254. RAPOPORT (2004). URIARTE (2005): 70. HORDAGO (1979-1981), vol. VII: 74-99.

que vivíamos: nos habíamos salvado en demasiadas situaciones de caer acribillados, el acoso policial era muy intenso, y los controles en las carreteras se habían multiplicado». Pero el riesgo merecía la pena: ya se vislumbraban los primeros frutos de la espiral. Citando de nuevo a Etxebarrieta, la acción policial «se ha dirigido contra el pueblo, y ha encarcelado, interrogado y maltratado a personas totalmente ajenas a la Organización por simples sospechas de “ser de la ETA”», por lo que «toda la represión, en vez de desarticularnos, nos ha abierto más puertas en el pueblo, porque este se da cuenta de quién es el opresor y de quién lucha por sus derechos» (37).

En ese clima hay que situar la trascendental sesión del *Biltzar Ttipia* (Pequeña Asamblea), órgano con una función similar al comité central de los partidos comunistas, que se celebró en Ondárroa (Vizcaya) el 2 de junio de 1968. Los etarras asistentes a aquella reunión tomaron la decisión de preparar el asesinato de José María Junquera y Melitón Manzanos, los jefes de la Brigada Político-Social de Bilbao y San Sebastián respectivamente. El encargado de planificar y dirigir esta última operación, bautizada *Sagarra* (Manzana), era *Txabi* Etxebarrieta. No le dio tiempo a cumplir su cometido (38).

El 7 de junio, en la carretera Madrid-Irún a la altura de Villabona (Guipúzcoa), el guardia civil José Antonio Pardines detuvo el automóvil en el que circulaban *Txabi* y su compañero Iñaki Sarasketa. Se trataba de un control rutinario de tráfico, pero el coche era robado, hecho que precipitó los acontecimientos. Gracias a una entrevista a Sarasketa en 1998, que concuerda tanto con las declaraciones que anteriormente había realizado al diario *Egin* (1978) como con la versión de los hechos de un testigo presencial que los periódicos plasmaron al día siguiente, podemos reproducir con cierto detalle lo que sucedió. En palabras de Sarasketa:

Supongo (...) que se dio cuenta de que la matrícula era falsa. Por lo menos, sospechó. Nos pidió la documentación y dio la vuelta al coche para comprobar si coincidía con los números del motor. Txabi me dijo. «Si lo descubre, le mato». «No hace falta, contesté yo, lo desarmamos y nos vamos». «No, si lo descubre le mato». Salimos del coche. El guardia civil nos daba la espalda, de cuclillas mirando el motor en la parte de detrás. Sin volverse empezó a hablar. «Esto no coincide...». Txabi sacó la pistola y le disparó en ese momento. Cayó boca arriba. Txabi volvió a dispararle tres o cuatro tiros más en el pecho. Había tomado centrallas y quizá eso influyó. En cualquier caso fue un día aciago. Un error. Como otros muchos en estos 20 años. Era un guardia civil anónimo, un pobre chaval. No había ninguna necesidad de que aquel hombre muriera.

(37) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 26-28. GARMENDIA (1996): 355-358. JÁUREGUI (1985): 455-456. URIARTE (2005): 79 y 90. El testimonio de Izko de la Iglesia en *Egin*, 2-VIII-1978. «V.^a Asamblea Nacional de ETA. 2.^a Sesión (Actas)», «Manifiesto», 1968, y «La acción-represión en Euzkadi», VII-1968, en HORDAGO (1979-1981), vol. VII: 97, 472, 475 y 518-523.

(38) GARMENDIA (2006): 144. JÁUREGUI y VEGA (1984): 194. MORÁN (2003): 21.

En la huida posterior, *Txabi* y Sarasketa fueron interceptados en Benta Haundi (Tolosa, Guipúzcoa) por agentes de la Benemérita. Según Sarasketa, «primero me cachearon a mí y no la notaron. Recuerdo que el guardia civil que registraba a *Txabi* lanzó un rugido. Y después, una escena típica del oeste, de las de a ver quién tira primero... El guardia civil disparó antes que yo y salí corriendo... No supe en ese momento que *Txabi* había muerto...» (39).

ETA se encargó de difundir una versión de los hechos muy distinta en la que *Txabi*, en vez de como el victimario de Pardines, era ensalzado como la víctima sacrificada por la Guardia Civil. De esta manera, Etxebarrieta fue representado como un héroe que se había inmolado por la patria. Haciendo un paralelismo con el *Ché* Guevara, asesinado el año anterior por el Ejército boliviano y la CIA, se le nombró el «Primer Mártir de la Revolución». Por el contrario, Pardines fue borrado de la historia o se le reservó el papel de agresor. La propaganda etarra convenció con cierta facilidad a la oposición antifranquista y a un importante sector de la ciudadanía vasca, que no quiso creer la descripción del suceso que había hecho la prensa del Movimiento (40).

La muerte de *Txabi*, su líder carismático, conmocionó íntimamente a la militancia etarra. Como rememora Uriarte, «a los demás, conscientes y asustados a la vez, nos roían las ganas de venganza, sobre todo la necesidad de dar algún tipo de respuesta que demostrara que ETA no estaba acabada». Un pasquín de ETA advirtió que su camarada valía «mucho más que todos los guardias civiles de Alonso Vega, él incluido. Ellos nos lo han robado y pagarán por ello». Se propusieron represalias fantásticas como el asalto a un cuartel o lanzar un coche bomba contra la comisaría de La Salve (Bilbao). Los miembros del *Biltzar Ttipia* volvieron a reunirse y unánimemente (al parecer, por silencioso asentimiento) optaron por confirmar los atentados contra Junqueras y Manzanas. Por descontado, aquellos líderes de ETA se encontraban muy condicionados tanto por las circunstancias del momento, entre las que cabe destacar la inesperada oleada de simpatía popular hacia el grupo (los funerales por *Txabi* habían sido masivos), que creían poder aprovechar para sus fines, como por sus propias emociones (el dolor, la rabia, las ansias de revancha). Sin embargo, todos esos elementos no les exoneran de su responsabilidad histórica: cuando decidieron comenzar a asesinar los integrantes del *Biltzar Ttipia* estaban haciendo uso de su libre albedrío. En sus publicaciones se autojustificaron apelando a un hipotético mandato del «pueblo vasco», pero unos meses después un *Zutik* transmitió otro punto de vista. «Hace 5 o 10 años, las injusticias no eran menores, las contradicciones no eran menos

(39) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 62. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 26-28. GARMENDIA (1996): 355-375. SULLIVAN (1988): 58. URIARTE (2005): 89-99. El testimonio del testigo presencial en *Diario Vasco, ABC y Unidad*, 8-VI-1968; el de Sarasketa en *Egin*, 7-VI-1978, y *La Revista de El Mundo*, 7-VI-1998.

(40) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 63. *Iraultza*, 1968, *Zutik*, n.º 59, VII-1968, y *Zutik* (Caracas), n.º 81, 1968. Diversa propaganda en HORDAGO (1979-1981), vol. VII: 484-488.

intensas. Pero en Euskadi la actividad política era bastante reducida. Por eso no se podía pasar a acciones generales: la ejecución de un policía hubiera quedado descolgada de la conciencia popular». Se había esperado hasta entonces por tales motivos. «En agosto 68 la ejecución no era solo técnicamente posible, sino políticamente conveniente». (41)

Junquera salvó la vida, pero el 2 de agosto de 1968 un comando de ETA asesinó al comisario Melitón Manzanas en su casa de Irún. Su fama de torturador hizo que su muerte fuera bien recibida por la oposición antifranquista. Para *Mundo Obrero*, el boletín del PCE, se trató de «un acto justiciero». Tal y como esperaban los etarras, cuya satisfacción era patente en sus publicaciones, la espiral de acción-reacción entró en una fase ascendente: la dictadura respondió a la provocación con una represión generalizada, torpe, brutal e ineficaz que le granjeó la animadversión de una parte sustancial de la población vasca. El Gobierno promulgó un decreto-ley sobre represión del bandidaje y el terrorismo y declaró un estado de excepción en Guipúzcoa, que, tras el estallido de conflictos en diversas universidades, amplió a toda España. Durante ese y los siguientes años miles de personas fueron detenidas en Euskadi, muchas de las cuales no tenían nada que ver con ETA. Además, la policía, poco cualificada profesionalmente, acostumbrada a la impunidad y con mandos de procedencia militar, cometió numerosos excesos, como malos tratos y torturas. Según un *Zutik*, el atentado mortal había representado «la toma de la iniciativa política por nuestra parte. *No se trata ya solo de responder, se trata de obligar a que ellos nos respondan a nosotros*. Sabíamos que su respuesta sería drástica, esperábamos el estado de excepción. Estábamos preparados». Además, «el aparato, sabíamos, resistiría. Así ha sido». Gracias al apoyo del resto de la oposición, se inició una oleada de movilizaciones contra la represión y en solidaridad con los activistas de la organización. ETA aprovechó tan propicia coyuntura para ligar sus siglas a las movilizaciones de protesta, así como para publicitarse a la vez como víctima de la dictadura y adalid justiciero de la oprimida nación vasca (42).

No mucho después del asesinato de Manzanas, José María Escubi hacía un balance provisional de los resultados de la espiral. «Estamos en una fase a la que antes o después teníamos que llegar y estamos en esta fase con ventajas a nuestro favor». Si bien «el saldo parece favorable a nosotros», era difícil que «las estructuras (...) pudieran aguantar nuevos golpes que serían de una intensidad difícilmente soportable. La política más acertada parece ser interrumpir la escalada de acciones y recoger sus frutos». ETA desoyó tal exhortación. En la Semana Santa de 1969, justo después de que el Gobierno levantara el estado de

(41) GARMENDIA (1996): 360. JÁUREGUI y VEGA (1984): 261-262. MORÁN (2003): 22-23. ONAINDIA (2001): 334-335. URIARTE (2005): 90. «El Primer Mártir de la Revolución», 1968, en HORDAGO (1979-1981), vol. VII: 484. *Zutik*, n.º 50, XII-1968.

(42) DOMÍNGUEZ IRIBARREN (2000): 334. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA (2013): 63-64. GARMENDIA (2006): 145. LLERA (1992): 173. *Mundo Obrero*, n.º 16, IX-1968. *Zutik*, n.º 50, XII-1968. «Melitón Manzanas, ejecutado», 1968, HORDAGO (1979-1981), vol. VII: 532-533.

excepción, sus activistas colocaron catorce bombas. La prolongación de la campaña permitió a la policía detener en abril a la cúpula del grupo, cuyos integrantes fueron juzgados al año siguiente en el famoso proceso de Burgos. Se produjo una cascada de caídas y huidas. Descabezada y desorientada, ETA entraba en una profunda crisis que se saldó en 1970 con un nuevo cisma entre obreristas (ETA VI) y ultranacionalistas (ETA V). Por añadidura, la creciente popularidad de la organización no se tradujo en un levantamiento de las masas. Pese a las protestas, el grueso de la ciudadanía continuó con su vida normal. Habían fallado las dos condiciones *sine qua non* para que funcionase la estrategia de acción-reacción. No hubo «Guerra Revolucionaria» al estilo de las de África o América Latina. Definitivamente, Euskadi no era Cuba (43).

En 1970 ETA estaba contra las cuerdas, pero vinieron a salvarla la incompetencia de la dictadura, el proceso de Burgos y el cuantioso aporte de militantes de EGI-Batasuna que recibió dos años después. En noviembre de 1973 la banda asesinó al presidente Luis Carrero Blanco y su popularidad se disparó. Progresivamente, pese a que mantenía ese diseño en sus textos, la actividad de ETA se fue alejando del modelo guerrillero del Tercer Mundo, imposible de reproducir en una zona industrializada de Europa occidental. Dado que la tan ansiada insurrección parecía cada vez más lejana, el terrorismo, la táctica que se había contemplado como fulminante para provocarla, acabó convirtiéndose en la principal estrategia del grupo. Así pues, fue durante la primera mitad de la década de los setenta, y no antes, cuando ETA se configuró definitivamente como una organización terrorista

7. CONCLUSIONES

La dictadura centralista y autoritaria, el sentimiento agónico provocado por el retroceso del euskera y la llegada de miles de inmigrantes, una lectura literal del relato sobre un secular conflicto étnico entre vasco y españoles, el deseo de vengar a los viejos *gudaris*, el choque generacional, las ansias por marcar distancias con el pasivo PNV o el espejismo tercermundista son factores esenciales para comprender la génesis del terrorismo en Euskadi. No hay duda de que las circunstancias influyeron en el ánimo de los etarras, pero, como se ha recalcado a lo largo del presente artículo, no determinaron su actuación. Ni respondían como autómatas a una coyuntura concreta ni estaban cumpliendo con su ineludible destino, que, por cierto, era imposible de prever, dado que el nacionalismo vasco carecía de una tradición violenta y, en cambio, estaba marcado por los escrúpulos de la moral cristiana.

(43) GARMENDIA (1996): 368-375 y (2006): 145. ONAINDIA (2001): 390-426. URIARTE (2005): 94-103. «Rapport M», 1968, en HORDAGO (1979-1981), vol. VIII: 60-61. *Zutik*, n.º 50, XII-1968.

Después de descartar otras alternativas, ETA se decantó por la «lucha armada», pero pasó diez años enfrascada en ensayos, debates y teorizaciones sobre la guerra de guerrillas. Es cierto que durante aquella década faltaron medios logísticos, mas tampoco había una voluntad decidida. Lo contrario ocurrió en 1968. Primero, cuando Txabi Etxebarrieta escogió disparar por la espalda a José Antonio Pardines en vez de desarmarlo. Después, cuando los miembros del *Biltzar Ttipia* de ETA decidieron reactivar sus planes para atacar contra los jefes de la Brigada Político-Social de Bilbao y San Sebastián con el fin de poner en marcha la espiral de acción-reacción, esto es, provocar una cruel represión policial sobre la ciudadanía a la que decían defender. En uno y otro caso los etarras hicieron uso de su libre albedrío.

Tras analizar en profundidad la persistencia del fenómeno terrorista en el País Vasco, Raúl López Romo sintetizaba en una sola frase mucho de lo expuesto aquí: «todo podría haber sido diferente» (44). Efectivamente, la trayectoria del resto del nacionalismo vasco y de la oposición antifranquista demuestra que existían otras vías. Pretendiendo imitar a los movimientos anticoloniales del Tercer Mundo, la dirección de ETA prefirió conscientemente la «lucha armada», estrategia que a principios de la década de 1970 derivó en el terrorismo. La consecuencia de aquellas decisiones ha sido una tragedia que ha durado cuatro décadas y ha costado cerca de ochocientos cincuenta víctimas mortales. Esa es la responsabilidad histórica de la banda, así como de los grupos satélites que la han apoyado y dado cobertura hasta la actualidad.

8. BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO ZARZA, MARTÍN (2010): «Estructuras retóricas de la violencia», en RIVERA, ANTONIO y CARNICERO HERREROS, CARLOS (eds.): *Violencia política. Historia, memoria y víctimas*, Vitoria, Maia e Instituto Universitario de Historia Social «Valentín de Foronda», pp. 101-165.
- ÁLVAREZ ENPARANTZA, JOSÉ LUIS (1997): *Euskal Herria en el horizonte*, Tafalla, Txalaparta.
- ARANZADI, JUAN (1994): «Violencia etarra y etnicidad», *Ayer*, n.º 13, pp. 189-209.
- JUARISTI, JON y UNZUETA, JOSÉ LUIS (1994): *Auto de terminación*, Madrid, El País Aguilar, 1994.
- AULESTIA, KEPA (2005): *Historia general del terrorismo*, Madrid, Taurus.
- BARRUSO, PEDRO (2005): *Violencia política y represión en Guipúzcoa durante la guerra civil y el primer franquismo (1936-1945)*, San Sebastián, Hiria.
- BJØRGO, TORE (ed.) (2005): *Root Causes of Terrorism: Myths, Reality and Ways Forward*, Nueva York, Routledge.

(44) FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y LÓPEZ ROMO (2012): 340.

- BULLAIN, IÑIGO (2011): *Revolucionarismo patriótico. El Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV). Origen, ideología, estrategia y organización*, Madrid, Tecnos.
- CORTE, LUIS DE LA (2006): *La lógica del terrorismo*, Madrid, Alianza.
- CRENSHAW, MARTHA (1981): «The Causes of Terrorism», *Comparative Politics*, n.º 13, pp. 379-399.
- (2011): *Explaining Terrorism: Causes, Processes, and Consequences*, Londres y Nueva York, Routledge.
- DELLA PORTA, DONATELLA (1995): *Social movements, Political Violence, and the State. A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge, Cambridge University.
- DOMÍNGUEZ IRIBARREN, FLORENCIO (2000): «La violencia nacionalista de ETA», en JULIÁ, SANTOS (dir.): *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, pp. 327-361.
- EGUILEOR, MANUEL DE (1936): *Nacionalismo vasco*, s. 1., s. e.
- ELORZA, ANTONIO (1995): *La religión política. «El nacionalismo sabiniano» y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo*, San Sebastián, R&B.
- (2005): *Tras la huella de Sabino Arana. Los orígenes totalitarios del nacionalismo vasco*, Madrid, Temas de hoy.
- ESTÉVEZ, XOSÉ (1991): *De la Triple Alianza al pacto de San Sebastián (1923-1930). Antecedentes de Galeuzca*, San Sebastián, Universidad de Deusto.
- FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, GAIZKA (2013): *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, Madrid, Tecnos.
- (2014): «Ecos de la Guerra Civil. La glorificación del gudari en la génesis de la violencia de ETA (1936-1968)», *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, n.º 49, pp. 247-262.
- (2015): «Mitos que matan. La narrativa del “conflicto vasco”», *Ayer*. En preparación.
- y LÓPEZ ROMO, RAÚL (2012): *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, Tecnos.
- FUSI, JUAN PABLO (2013): «A modo de epílogo: ETA como problema», en ORTIZ DE ORRUÑO, JOSÉ MARÍA y PÉREZ PÉREZ, JOSÉ ANTONIO (coords.): *Construyendo memorias. Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 275-284.
- GARMENDIA, JOSÉ MARÍA (1996) [1979-1980]: *Historia de ETA*, San Sebastián, Haranburu.
- (2006): «ETA: nacimiento, desarrollo y crisis (1959-1978)», en ELORZA, ANTONIO (coord.): *La historia de ETA*, Madrid, Temas de hoy, pp. 77-170.
- GÓMEZ CALVO, JAVIER (2014): *Matar, purgar, sanar. La represión franquista en Álava (1936-1945)*, Madrid, Tecnos.
- GONZÁLEZ CALLEJA, EDUARDO (2013): *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo, de los sicarios a Al Qu'ida*, Barcelona, Crítica.
- (2014): «Las ciencias sociales ante el problema del terrorismo», *Vínculos de Historia*, n.º 3, pp. 122-143.

- GRANJA, JOSÉ LUIS DE LA (2003): *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX*, Madrid, Tecnos.
- (2008) [1986]: *Nacionalismo y II República en el País Vasco. Estatutos de autonomía, partidos y elecciones. Historia de Acción Nacionalista Vasca: 1930-1936*, Madrid, Siglo XXI.
- GURRUTXAGA ABAD, ANDER (1990): *La refundación del nacionalismo vasco*, Bilbao, UPV-EHU.
- HORDAGO, EQUIPO (1979-1981): *Documentos Y*, San Sebastián, Hordago, 18 vols.
- HORGAN, JOHN (2009): *Psicología del terrorismo*, Barcelona, Gedisa.
- IBERO, EVANGELISTA DE (1957) [1906]: *Ami vasco*, Buenos Aires, Ekin.
- JÁUREGUI, FERNANDO y VEGA, PEDRO (1984): *Crónica del antifranquismo*, Barcelona, Argos Vergara, vol. II.
- JÁUREGUI, GURUTZ (1985) [1981]: *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Madrid, Siglo XXI.
- JUARISTI, JON (2008): «Mayo del 68: El camino al terrorismo», *Cuadernos de pensamiento político*, n.º 19, pp. 71-82.
- JULIÁ, SANTOS (2010): «¿Culturas o estrategias? Notas sobre violencia política en la España reciente», en RIVERA, ANTONIO y CARNICERO HERREROS, CARLOS (eds.): *Violencia política. Historia, memoria y víctimas*, Vitoria, Maia e Instituto Universitario de Historia Social «Valentín de Foronda», pp. 167-190.
- KRUTWIG, FEDERICO (2006) [1963]: *Vasconia*, Pamplona, Herritar Berri.
- LLERA, FRANCISCO JOSÉ (1992): «ETA: Ejército secreto y movimiento social», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 78, pp. 161-193.
- LÓPEZ ROMO, RAÚL (2012): *Euskadi en duelo: la central nuclear de Lemóniz como símbolo de la transición vasca*, Bilbao, Fundación 2012.
- LÓPEZ ROMO, RAÚL; LOSADA URIGÜEN, MARÍA y CARNICERO HERREROS, CARLOS (2013): *Rojo esperanza. Los socialistas vascos contra el franquismo*, Vitoria, Ikusager y Mario Onaindia Fundazioa.
- LORENZO, JOSÉ MARÍA (1998): «Los motivos de la violencia en la historia vasca contemporánea», *Vasconia*, n.º 26, pp. 271-276.
- MCCORMICK, GORDON H. (2003): «Terrorist Decision Making», *Annual Review of Political Science*, vol. 6, pp. 473-507.
- MOLINA, FERNANDO (2014): «“Intersección de procesos nacionales”. Nacionalización y violencia política en el País Vasco, 1937-1978», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 35, pp. 63-87.
- MURO, DIEGO (2009): «The politics of war memory in radical Basque nationalism», *Ethnic and Racial Studies*, n.º 32, pp. 659-678.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ MANOEL (1998): *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, Síntesis.
- (2006): *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons.
- (2013): «Las(s) lengua(s) de la nación», en MORENO LUZÓN, JAVIER y NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ MANOEL (eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA.

- ONAINDIA, MARIO (2001): *El precio de la libertad. Memorias (1948-1977)*, Madrid, Espasa.
- PABLO, SANTIAGO DE (2003): «La guerra civil en el País Vasco: ¿un conflicto diferente?», *Ayer*, n.º 50, pp. 115-141.
- (2010): «Lengua e identidad nacional en el País Vasco: Del franquismo a la democracia», en LAGARDE, CHRISTIAN (ed.): *Le discours sur les langues d'Espagne. El discurso sobre las lenguas españolas, 1978-2008*, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan, pp. 53-64.
- PÉREZ-AGOTE, ALFONSO (1987): *El nacionalismo vasco a la salida del Franquismo*, Madrid, CIS-Siglo XXI.
- PÉREZ PÉREZ, JOSÉ ANTONIO (2001): *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977)*. *Trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- PILAT, JOSEPH F. (2009): «The causes of terrorism», *Journal of Organisational Transformation & Social Change*, n.º 6, pp. 171-182.
- POST M., JERROLD *et alii* (2005): *Adressing the Causes of Terrorism*, Madrid, Club de Madrid, vol. I.
- RAPOPORT, DAVID CHARLES (2004): «Las cuatro oleadas de terror insurgente y el 11 de septiembre», en REINARES, FERNANDO y ELORZA, ANTONIO (eds.): *El nuevo terrorismo islamista. Del 11-S al 11-M*, Madrid, Temas de Hoy, pp. 47-74.
- REINARES, FERNANDO (1990): «Sociogénesis y evolución del terrorismo en España», en GINER, SALVADOR (dir.): *España. Sociedad y Política*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 353-396.
- SÁNCHEZ-CUENCA, IGNACIO (2007): «Terrorismo», en ZAPATA-BARRERO, RICARD (ed.): *Conceptos políticos en el contexto español*, Madrid, Síntesis, pp. 301-319.
- SULLIVAN, JOHN (1988): *El nacionalismo vasco radical, 1959-1986*, Madrid, Alianza.
- UNZUETA, JOSÉ LUIS (1980): «La V Asamblea de ETA», *Saioak*, n.º 4, pp. 3-52.
- URIARTE, EDUARDO (2005): *Mirando atrás. Del proceso de Burgos a la amenaza permanente*, Barcelona, Ediciones B.
- ZULAIKA, JOSEBA (1990): *Violencia vasca. Metáfora y sacramento*, Madrid, Nerea.
- ZUMALDE, XABIER (2004): *Mi lucha clandestina en ETA. Memorias del primer jefe del Frente Militar (1965-1968)*, Arrigorriaga, Status ediciones.